

SIGNIFICADO Y OBJETO

FERNANDO MONTERO MOLINER

1. *Fenomenología y Filosofía analítica del lenguaje*

No es fácil trazar una línea divisoria entre los estudios que se han venido denominando con cierta ambigüedad "Filosofía analítica" del lenguaje y aquellos otros que se han realizado dentro de una orientación fenomenológica. En definitiva, unos y otros han coincidido en lo esencial: Han verificado su tarea dentro de una actitud fundamentalmente descriptiva. Es decir, han rechazado tanto las especulaciones metafísicas sobre lo que pudiera ser el ente de que se habla y la índole del sujeto parlante, así como han dejado fuera de su campo las investigaciones de signo científico-positivo, realizadas mediante métodos hipotético-deductivos o técnicas inductivas sujetas a controles formales, que exploran los motivos fisiológicos, psíquicos, sociales, etc. de los procesos lingüísticos. No constituye una diferencia insalvable el que los fenomenólogos hayan renunciado a la tarea de elaborar un lenguaje canónicamente formalizado, estimando que esa empresa corre el riesgo de perder contacto con la realidad acuciante que es el hombre que habla y el mundo objetivo en el que existe. Pues, sin contar con que esa misma actitud la comparten bastantes analíticos, coinciden unos y otros en consagrar buena parte de sus esfuerzos a una aclaración de lo que es el lenguaje ordinario, con objeto de poner de manifiesto sus auténticas estructuras, muchas veces falseadas por las opiniones del hombre ingenuo o por las interpretaciones de los teóricos.¹

¹ Sin intención de agotar el repertorio, se puede recomendar la siguiente lista de estudios consagrados al tema de las relaciones entre la fenomenología del lenguaje y la analítica del mismo realizada en los círculos neopositivistas o por parte de los autores consagrados al estudio de los lenguajes ordinarios: H. Pos, "Phénoménologie et linguistique" (*Revue Internatio-*

Estas coincidencias podrían hacer secundaria cualquier diferencia que se pudiera hallar entre ambas corrientes. El hecho de que Austin haya calificado de “fenomenológicas” sus investigaciones, a pesar de hallarse alineado con los filósofos analíticos, robustece esta sugerencia de que, en rigor, nada definitivo les contrapone. Favorece la sospecha de que los pensadores de cada uno de estos grupos se hallan vinculados entre sí en gran parte por motivos extrínsecos, por un espíritu de “bandería” o por conexiones escolares que han pesado en la formación de sus miembros. Ryle dio un buen ejemplo de estas motivaciones subrepticias en el Congreso de Royaumont dedicado a la Filosofía analítica² (a pesar de que condescendió a considerar *The Concept of Mind* como “una especie de fenomenología”).

Sin embargo, esos motivos accidentales han producido algunas diferencias de importancia en la misma temática o en el desarrollo de las respectivas investigaciones del lenguaje. Posiblemente aludía a ello Van Breda cuando, al contestar a Ryle en el Congreso de Royaumont antes mencionado, después de señalar que muchos fenomenólogos realizan análisis semejantes a los que practican los analíticos de la Escuela de Oxford, advirtió que, sin embargo, aquéllos no hipostasían el lenguaje. Con ello daba a entender que la Fenomenología se ha mantenido más atenta a las conexiones que mantiene el lenguaje con el mundo hablado, por una parte, y con la actividad humana expresiva, por otra. En cambio, los analíticos del lenguaje, especialmente a partir de la etapa del último Wittgenstein, contando con esporádicas excepciones por parte de Austin y Strawson, se han ocupado preferentemente del lengua-

nale de Philosophie, 1939), C. A. VAN PEURSE, “Edmund Husserl and Ludwig Wittgenstein” (*Philosophy and Phenomenological Research*, 1959), J. N. MOHANTY, *Edmund Husserl's Theory of Meaning* (The Hague, M. Nijhoff, 1966), M. DUFRENNE, “Wittgenstein et Husserl” (incluido en *Jalons*, The Hague, M. Nijhoff, 1966), D. IHDE, “Some Parallels Between Analysis and Phenomenology” (*Philosophy and Phenomenological Research*, 1967), G. KÜNG, “Language Analysis and Phenomenological Analysis” (*Akten des XIV. Internationalen Kongresses für Philosophie*, Wien 1968, vol. II), P. RICOEUR “Husserl and Wittgenstein on Language” (incluido en *Phenomenology and Existentialism*, Baltimore, The John Hopkins Press, 1969), E. TUGENDHAT “Phänomenologie und Sprachanalyse” (incluido en *Hermeneutik und Dialektik*, Tübingen, Mohr, 1970), P. GORNER “Husserl and Strawson” (*The Journal of the British Society for Phenomenology*, 1971), G. GUTTING, “Husserl and Logical Empiricism” (*Metaphilosophy*, 1971).

² “La Phénoménologie contre *The Concept of Mind*” en *La Philosophie Analytique* (Paris, Cahiers de Royaumont, 1962).

je mismo, como si no fuese algo radicalmente proyectado sobre un mundo de objetos hablados o una forma de expresión de la praxis humana (que, por su parte, también está vertida sobre un contorno objetivo). Para ellos, reaccionando contra los neopositivistas que consideraban la significación como el cumplimiento verificador de la expresión verbal, la realidad *hablada* pasó a ser algo extralingüístico.³ La significación de una expresión se convierte en “un conjunto de convenciones lingüísticas que gobiernan su uso correcto para hacer referencia a algo”.⁴ Pero ese “algo” parece disolverse en una inquietante vacuidad. Basta echar una ojeada a *Palabra y objeto* de Quine para descubrir qué poco cuenta éste, el objeto, en la organización del lenguaje: Depara “estimulaciones significativas” esporádicas e inconexas para que luego la actividad lingüística se encargue de organizar un panorama ontológico, decidido en último término por una graciosa arbitrariedad. Es decir, el objeto se convierte fundamentalmente en algo ilusorio, constituido por la dinámica del sujeto que habla. Y es que, en definitiva, Wittgenstein había acabado por volcar toda su atención en las “reglas de juego” del lenguaje, como si fueran mero producto de una espontánea potencia parlante que poseen las gentes; pero dejó en un plano muy secundario el problema de los “criterios” por los que el lenguaje halla corroboración en los hechos objetivos.⁵ En la filosofía del lenguaje de Katz y Chomsky sigue prevaleciendo ese asombroso olvido de que, en definitiva, el lenguaje es reflejo de unas situaciones objetivas que pueden contribuir a la constitución de las reglas lingüísticas y que deben ser estudiadas si se pretende que éstas sean algo más coherente que el producto de unas enigmáticas disposiciones innatas del sujeto que habla.

2. El “objetivismo” fenomenológico

En cambio, sobre la corriente fenomenológica ha dominado el lema husserliano “¡a las cosas mismas!” Por ello su estudio del lenguaje ha tendido a convertirse automáticamente en un examen

³ Cfr., por ejemplo, MAX BLACK, *The Labyrinth of Language*, pp. 43, 71 y 117. (London, Pall Mall Press, 1968).

⁴ P. F. STRAWSON, *Introduction to Logical Theory*. (London, Methuen and Co., 1952), p. 188.

⁵ Cfr. C. WELLMAN, “Wittgenstein’s Conception of a Criterion” en *Wittgenstein and the Problem of Other Minds*, editado por H. MORICK. (London, McGraw-Hill Book Co., 1967).

de los objetos hablados, en la medida en que se exhiben como término de la intencionalidad del habla. Podría objetarse que la fenomenología husserliana buscó las cosas mismas a lo largo de un complicado proceso a través de la conciencia trascendental y que parecía resolver de hecho el hallazgo de las “cosas” en la exploración de las correlativas vivencias. No puede negarse, en efecto, que en la primera mitad de la fase husserliana el movimiento fenomenológico hizo hincapié en los problemas egológicos, dando paso a un alarmante solipsismo inmanentista. Sin embargo, reconociendo la justicia de estas observaciones, y admitiendo que los textos de Husserl no fueron siempre todo lo coherentes que fuera de desear, hay que advertir que en el fondo de su sistema domina el tema de la intencionalidad, por el que toda vivencia o estado de conciencia se proyecta esencialmente en su dominio objetivo correspondiente. No olvidemos que con frecuencia llama la atención sobre el hecho de que el objeto es el “hilo conductor” que permite el análisis de las correlativas actividades de la conciencia.⁶

Centrándonos más en el problema del lenguaje, también en él se podría señalar esa misma ambigüedad que, sin embargo, tiende a resolverse en favor de lo objetivo. En efecto, de una parte no se puede olvidar numerosos textos de las *Investigaciones lógicas* en los que Husserl trata la significación como un contenido ideal, universal, intuible intelectualmente; distinto, por tanto, de los objetos significados y de su presencia empírica en los actos de cumplimiento de la significación. Parece justificado hablar así del “platonismo semántico” de su teoría del lenguaje.⁷ Lo grave es que en ese caso, si la significación es *lo que* decimos, el *contenido* de las expresiones verbales, se corre el riesgo de que el objeto quede reducido a ser un punto de referencia de cuantas locuciones versen sobre él, vacío de todo contenido. En efecto, como mero polo de identificación⁸ carece de contenido propio porque éste, *lo significado* por esas locuciones, ha quedado localizado en las sentencias correspondientes. Incluso la estructura empírica del objeto deja de pertenecer propiamente a éste, pues se convierte en el “representante intencional” que le corresponde y que como elemento “impletivo” que “cumple” la significación, es parte suya. Sin embargo, los textos en que Husserl analiza la esencia intencional de la significación y su cumplimiento empírico contrarrestan ese alarmante

⁶ *Meditaciones cartesianas* §§ 21 y 22. *Ideas I* § 150.

⁷ Cfr. MOHANTY o.c., especialmente pp. 50, 54 y sigtes.

⁸ Cfr. *Ideas I* § 131. *Lógica formal y trascendental* § 61.

idealismo que vacía lo objetivo en beneficio de las significaciones. Pues ahora se reconocerá que lo que decide el contenido de una significación (su "materia") es el conjunto de determinaciones características de su objeto.⁹ El cumplimiento de una significación por parte de unos fenómenos empíricos se basa en la identidad del objeto que corresponde a una y a otros.¹⁰ Y, bien mirado, si es cierto que en algunos momentos parece que el objeto percibido pierde su propia índole objetiva al ser incorporado a la significación como su "cumplimiento", en otros recobra su autonomía como tal objeto, hasta el punto de que se le distingue de la significación misma¹¹ con cierto énfasis (como lo concreto se debe distinguir de lo abstracto ideal) y se le confiere un "sentido impletivo" (un *erfüllender Sinn*),¹² es decir, una estructura significativa propia, puesto que ha de ser homogéneo o congruente de alguna manera con la significación verbal que cumple. Es decir, el examen del cumplimiento de las proposiciones lleva a Husserl a devolver al objeto la riqueza significativa que el análisis de la universalidad e idealidad de los actos lingüísticos le había privado.

Los fenomenólogos que se han ocupado del lenguaje después de Husserl han robustecido enérgicamente la orientación objetivista de sus estudios. Baste recordar que para Heidegger la significación es un elemento integrante de la estructura del mundo:¹³ Las cosas son significativas en tanto que, miradas por el existente humano, son mutuamente "referentes". Esa "referencia" (*Verweisung*) de un objeto hacia otros, hacia aquellos con los que se acomoda de alguna forma, constituye su significación. La trama inteligible del mundo es significativa. Los entes que tenemos a mano o dentro del ámbito de nuestra inspección, son *signos* desde el momento que su "presencia" (su *Erschlossenheit*) está condicionada por la de aquellos otros que componen su situación. Cada uno de ellos remite a los que forman un "estado de cosas", complementándose como los elementos integrantes de un lenguaje.

Ese desplazamiento hacia lo objetivo hacía que la significación dejara de ser un contenido ideal para convertirse en denotación, en movimiento intencional dirigido hacia la presencia de los respectivos objetos. En Merleau-Ponty aparece como actividad verbal

⁹ Cfr. *Investigaciones lógicas*, Vª, § 20.

¹⁰ Cfr. *Investigaciones lógicas*, Iª, § 10; VIª, § 8.

¹¹ Cfr. *Investigaciones lógicas*, Iª, § 14.

¹² Cfr. *Investigaciones lógicas*, Iª, § 14; VIª, § 28.

¹³ *Sein und Zeit* §§ 17 y 18.

similar a la que posee el cuerpo humano que opera significativamente actuando en el contorno material. El dinamismo de la palabra en uso se hace "transparente" ("*l'expression s'efface devant l'exprimé*")¹⁴ para dejar a la vista lo hablado. Las palabras no encierran ningún pensamiento o contenido mental para dirigirse al objeto. No hay ningún "cielo de Ideas" similar al platónico depositado en el seno del lenguaje. Todo esfuerzo por asir el pensamiento que habita la palabra sólo me deja "un poco de materia verbal".¹⁵

Con otras palabras, el curso de la Fenomenología del lenguaje parece conducir desde un idealismo semántico a un fuerte nominalismo, en el que la significación se convierte en estructura objetiva o en pura actividad lingüística que actúa como prolongación del dinamismo corpóreo proyectada sobre los objetos del contorno. A pesar de que ello choca fuertemente con la actitud eidética propia de la fenomenología de Husserl, parece que está en consonancia con la vocación objetivista del método fenomenológico, acusada por el hecho clave de que toda conciencia es esencialmente conciencia *de algo*. Y, por otra parte, no era fácil comprobar esa presunta intuición eidética que nos enfrentase con significaciones ideales como un "contenido mental" mediador entre las palabras y los objetos hablados. Cuando digo "la lámpara está encendida", sólo puedo descubrir con pureza fenomenológica la presencia de las palabras apuntando a la presencia (percibida o imaginada) del objeto "lámpara" irradiando luz. Por en medio no queda ningún plano ideal o conceptual que sirva de enlace entre aquellos dos. Si se le admite, se está operando especulativamente, es decir, de un modo ajeno a la Fenomenología. Tal vez porque hay motivos para hacerlo así o porque se está cediendo a una vocación de cierta filosofía que se ha complacido en proliferar las entidades misteriosas que pudieran constituir el mundo. Pero, a la vista de los trabajos fenomenológicos, parece lícito afirmar que una exploración del fenómeno de la conducta humana y una explicación coherente de lo que llena su presencia no están obligados a solicitar el concurso de esas supuestas significaciones ideales interpretadas como "contenidos" mentales encapsulados en las palabras.

¹⁴ *Phénoménologie de la perception* p. 459 (Paris, Gallimard, 1960). *Signos* p. 86 (Barcelona, Seix-Barral, 1964).

¹⁵ "Sur la phénoménologie du langage" en *Problèmes actuels de la Phénoménologie* p. 97 (Paris, Desclée de Brouwer, 1952).

3. *El problema de las objetividades "pensadas"*

No se debe disimular que esta tesis se ve seriamente obstaculizada por todos aquellos casos en que una expresión verbal no se enfrenta abiertamente con un objeto empírico que la verifique. Si el valor significativo de la frase "la lámpara está encendida" parece quedar satisfecho por su movimiento intencional, fundiendo su presencia de signo con la presencia percibida o imaginada del correspondiente objeto, la situación se complica cuando esa misma frase es formulada sin percibir o imaginar la lámpara o cuando se trata de expresiones que carecen de un objeto susceptible de ser presenciado como percibido o imaginado. Pues entonces parece que se debe admitir que es sólo una objetividad *pensada* lo que constituye la significación. Con lo cual se vendría a reconocer que esas frases son significativas porque van acompañadas de un pensamiento, es decir, de un contenido mental o de una significación ideal. Y entonces parece inevitable concluir que ese pensamiento también debe funcionar en los casos en que aparentemente la expresión se endereza sólo hacia lo percibido o imaginado, teniendo en cuenta que las frases verificables empíricamente también pueden ser utilizadas sin que imaginemos o percibamos su correspondiente objeto.

Esta dificultad parece concentrarse en varios tipos de locución. En primer lugar, en las fórmulas que expresan algo ideal, tanto más cuando tenga que ver con actitudes humanas, valores éticos o espirituales, es decir, con entidades que de suyo eluden una exhibición empírica apropiada. A primera vista parece imponerse que la afirmación "la sinceridad es una virtud problemática" se refiera a algo que sólo puede ser considerado como una pura significación ideal, nunca como un hecho concreto inmediatamente perceptible. En segundo lugar, hay que admitir el hecho señalado unas líneas más arriba de que muchas veces hablamos sin contar con la presencia de situaciones imaginadas o percibidas, aunque se haga uso de frases que permiten esa verificación. En tercer lugar, parece problemático que todos los elementos de una locución sean significativos porque denoten algo objetivo empírico, aun en el caso de que se aluda a algo percibido o imaginado. En el ejemplo anterior de "la lámpara está encendida" no es fácil indicar qué hay en el objeto sensible que corresponda al artículo "la" o al verbo "está".

No es posible dar una respuesta cabal a todos estos problemas en unas pocas páginas. Por ello se disculpará que sólo atendamos al tercero de ellos. Permítase que, de un modo tremendamente es-

quemático, se sugiera que los otros dos pueden quedar explicados si se admite que las palabras realizan con frecuencia algo que podría ser denominado un "fraude o falacia semántica": Pasan por ser el objeto significado, lo suplen con su misma presencia verbal, pero disimulando que sólo consisten en palabras. Cuando hablamos del "heroísmo", la cualidad abstracta así aludida es sólo una palabra cargada de tensiones emotivas, que *significa* porque funciona de acuerdo con unas reglas de equivalencia o de correspondencia con otros vocablos y con determinadas formas de conducta, dadas en situaciones sociales específicas, a las que puede referirse como "casos" concretos de heroísmo. Pero nos llevaría mucho tiempo precisar todo ello. Si de algo vale esta fugaz sugerencia, pasemos al caso de los vocablos aludidos en tercer lugar.¹⁶

4. *Los sincategoremáticos y las objetividades categoriales*

Ese tercer caso nos enfrenta con el problema clásico de los sincategoremáticos.¹⁷ Y, como estos términos son expresivos de las estructuras generales de lo que admitimos que *es algo*, nos llevan a la cuestión de los compromisos ontológicos del lenguaje o, lo que es lo mismo, a la dilucidación de la Ontología que parece supuesta por el uso de un lenguaje. En efecto, si decimos que "el Sol es una estrella", parece que admitimos que hay algo en los objetos que es su *ser*. Si agregamos que "no es un planeta", damos entrada a la negación o a la exclusión en nuestra Ontología. Y si añadimos que "es necesario para la vida terrestre", admitimos en nuestro mundo algo así como los nexos causales. Las preposiciones, los adverbios, las conjunciones, los verbos auxiliares, exhiben una densa red de estructuras ónticas que trazan las líneas generales de la constitución de los objetos de que hablamos. En conjunto se podría decir que los sincategoremáticos funcionan como elementos de conexión verbal porque no denotan objetos de una clase determinada. Lo que los caracteriza no es precisamente poseer una significación no-independiente, a diferencia de los categoremáticos. Pues podría darse el caso de que todo vocablo (categoremático o no) carece de signifi-

¹⁶ Algunas sugerencias más concretas sobre este problema pueden ser halladas en el estudio del autor de este artículo *La presencia humana*, cap. V, §§ 26 a 33. (Madrid, G. del Toro, 1971).

¹⁷ Una elemental, aunque satisfactoria exposición del problema puede hallarse en V. KRAFT, *Erkenntnislehre*, pp. 59 y sigtes. (Wien, Springer Verlag, 1960).

cación independiente, en tanto que su uso presupone siempre un sistema de lenguaje. Lo decisivo es que un sincategoremático puede usarse con respecto a cualquier objeto o entidad; no queda acotado con respecto a una clase especial de objetos. Expresa relaciones objetivas que pueden darse en todo objeto.

Ahora bien, lo alarmante es esa eventualidad de su uso. "Y" puede ser dicho con respecto a cualquier objeto, cuando se le cita en conexión positiva con otros. Pero puede ser reemplazado por "o" (que tiene una significación opuesta), cuando se quiere expresar esa conexión como excluyente, aunque se esté hablando de los mismos objetos. Podemos decir "verás árboles y rocas", "verás árboles o rocas", tratándose del mismo paisaje. Entonces, ¿qué hay en la situación objetiva que corresponda a ese "y"? ¿No se trata de un uso meramente subjetivo? ¿Y no habrá que admitir que lo expresado por los sincategoremáticos es una significación (como contenido mental) que adherimos a las situaciones objetivas cuando hablamos de ellas?

Lo grave es que, en ese caso, toda la estructura objetiva del mundo, que los sincategoremáticos enuncian, se convierte en una gigantesca invención de la mente. Todas las relaciones que hay entre las cosas, sus determinaciones objetivas como elementos del conjunto mundano, sería un *figmentum mentis*. Lo objetivo se reduciría a un amasijo amorfo de datos sensibles, que la mente compondría con soberana arbitrariedad, proyectando sobre ellos una malla de significaciones mentales. Aun sin contar con los argumentos que Austin ha lanzado contra la teoría de los *sense-data*,¹⁸ no parece atractiva esa interpretación de los sincategoremáticos, que nos llevaría a algo muy próximo a un desconcertante idealismo subjetivista.

Corriendo con los riesgos que entraña toda generalización, se podría decir que la Filosofía analítica se ha inclinado por una interpretación subjetivista de los sincategoremáticos. Aunque en la etapa del *Tractatus* Wittgenstein pudo favorecer con su teoría isomórfica la tesis de que los sincategoremáticos corresponden a estructuras propias de los hechos atómicos, sin embargo con la misma simplicidad del isomorfismo suprimió dogmáticamente toda indagación sobre lo que pudiera ser esa correspondencia.¹⁹ Pero

¹⁸ Cfr. *Sense and Sensibilia*. (Oxford, Clarendon Press, 1964).

¹⁹ Cfr. *Tractatus logico-philosophicus*, núm. 4.0312, 4.441, 5.4, 5.43, 6.1, 6.11, 6.12, 6.124, 6.13 y 6.233.

anulando la tesis isomórfica, sus obras posteriores eliminaron el problema de la correlación entre los sincategoremáticos y las estructuras de los objetos. Por su parte, Bertrand Russell excluyó los sincategoremáticos de un puro lenguaje de objetos.²⁰ Y Quine sitúa los conectivos lógicos muy lejos de los términos que pueden traducirse en virtud de su referencia a una significación estimulativa integrante del panorama objetivo en que nos movemos; su equivalencia entre lenguas distintas podría lograrse mediante correspondencias entre las actitudes parlantes en general, pero no mediante la fijación de componentes objetivos que fuesen denotados por esos vocablos.²¹

En cuanto a la Fenomenología del lenguaje, ateniéndonos a su realización más prolija, es decir, a los escritos de Husserl, de acuerdo con la línea general de su evolución pasa desde una etapa en la que se vacila al conferir a los sincategoremáticos una validez objetiva, a otra etapa en la que, incluso con excesiva vehemencia, se les interpreta como denotadores de estructuras objetivas pertenecientes tanto a un plano ante-predicativo como a otro categorial. En efecto, en el periodo de las *Investigaciones lógicas*, aunque Husserl establece una correspondencia entre los sincategoremáticos y las objetividades categoriales, se resiste a atribuirles una entidad empírica y los vincula con el dinamismo de la conciencia que articula el mundo objetivo mediante los nexos lingüísticos. “Los enlaces sensibles son momentos del objeto real, momentos reales del mismo, existentes en él aunque sólo sea implícitamente, y destacables en él mediante una percepción abstractiva. Las formas de enlace categorial son, por el contrario, formas que corresponden al modo de la síntesis de los actos, es decir, formas que se constituyen objetivamente en los actos sintéticos edificados sobre la sensibilidad”.²² El fragmento es sustancioso: Se trata de estructuras constituidas por el dinamismo de la conciencia pero que ganan algo así como un aspecto de objetividad. No en vano cambiábamos el “y” por el “o” en el ejemplo anteriormente expuesto, como si ello sólo dependiera de una decisión de enlazar positivamente las “rocas” y los “árboles” o de contraponerlos. Por ello dirá Husserl que el “representante intencional” de esos enlaces objeti-

²⁰ Cfr. *An Inquiry into Meaning and Truth*, cap. IV, V, XIII y XIV. (London, George Allen and Unwin, 1940).

²¹ *Word and Object*, p. 57. (The M.I.T. Press, 1964).

²² *Investigaciones lógicas*, VI^a, § 48.

vos, es decir, lo que los “llena” o cumple, es el “contenido psíquico que une los actos fundamentantes”.²³

Salta a la vista que esto arrastraba la concepción husserliana a la actitud subjetivista que antes señalábamos como desenlace de las interpretaciones de los sincategoremáticos que eludiesen el reconocimiento de que son momentos objetivos. Tal vez por ello la doctrina de Husserl, esencialmente objetivista, fue derivando desde esa posición egológica a la abiertamente empírica que irrumpe claramente en *Experiencia y juicio*. Toda esta obra es un impresionante alegato en favor de la tesis de que las estructuras objetivas que desarrolla el juicio tienen su fundamento genético en las estructuras ante-predicativas que llenan la experiencia. En el “mundo vivido” (*Lebenswelt*) que se exhibe en ella se encuentran ya (aunque sin el rigor y el despliegue formal que les dará el juicio) las estructuras de la individualidad y de la multitud, de la temporalidad y de la espacialidad, de la posición afirmativa y de la exclusión negativa, de la singularidad del “caso” concreto y la tipicidad de la especie, de la afinidad y la contraposición, etc.

Sin embargo, esto parece que nos lleva demasiado lejos. De nuevo se nos plantea el problema de la sustitución de diversos sincategoremáticos en relación con una misma situación objetiva: ¿Cómo es posible que una misma estructura antepredicativa corresponda a sincategoremáticos tan divergentes como el “y” y el “o” de las frases “verás rocas y árboles” o “verás rocas o árboles”? ¿En qué consiste exactamente esa urdimbre ante-predicativa que debe poseer cierta congruencia con la estructura lingüística, desde el momento en que es asumida por ésta y es incorporada a los sincategoremáticos que funcionan en una frase?

4. *La estructura significativa de los objetos empíricos*

Creemos que la respuesta debe ser hallada indagando las estructuras significativas de los hechos mismos que se exhiben empíricamente. Ante todo hay que tener en cuenta que los fenómenos empíricos, lo percibido, no tienen una entidad misteriosa, oculta en alguna clase de “subjetivismo” que pudiera desentonar de la claridad que ofrece el lenguaje. Sólo un mito filosófico ha podido hacer de lo percibido una entidad “interior” del alma, una “re-

²³ *Investigaciones lógicas*, VI^a, § 57.

presentación" situada en un ámbito clausurado, el de la mente. La silueta airosa del álamo es algo tan manifiesto como la sonoridad de la palabra "álamo" que usamos para denotarlo. Ni es lo percibido algo remoto, distante y apenas vislumbrado, en comparación con la claridad que ofrece el lenguaje. La diferencia fundamental entre ambas entidades es que podemos usar la palabra, emitiéndola o silenciándola, con una facilidad muy superior a la que pudiera tener cualquier manipulación de una cosa percibida. Pero ésta posee normalmente una presencia pública tan manifiesta como el vocablo correspondiente. Y no es algo extra-lingüístico: Juega su papel en los usos del lenguaje. Porque el álamo es perceptible tiene sentido decir "he visto un álamo plateado", mientras que la frase "he visto una justicia azul" carece de sentido por el hecho de que las expresiones en que juega el vocablo "justicia" no cuentan con que sea algo percibido.

Sobre esta base es posible afirmar que el mundo empírico constituye un complejo significativo afín al que forma un lenguaje en uso. La palabra tiene sentido porque su presencia transita, en primer lugar, a la del objeto percibido denotado (en el caso de que lo haya); en segundo lugar, a la de las otras palabras que forman con ella la frase; y, en tercer lugar, a la de aquellas otras que constituyen los miembros de su "familia" lingüística, a las que están relacionadas con ella por razones de sinonimia, equivalencia, oposición, similitud, etc. Como se ha sugerido anteriormente, en el apartado segundo de este artículo, se desecha que el sentido consista en un contenido ideal vinculado a cada palabra. De todos modos, sea la que se quiera la solución que se adopte con respecto a este problema, se puede insistir en que el *fenómeno* del lenguaje se manifiesta como una transición desde la palabra que denota a la presencia del objeto denotado y a la de los vocablos connotados por las razones que se han aducido en segundo y tercer lugar unas líneas más arriba. La palabra "álamo" tiene sentido porque denota una clase de objetos perceptibles y percibidos, porque connota a otros vocablos con los que eventualmente forma frases o con los que puede formar innumerables locuciones porque hay una conexión regular entre sus respectivos usos. Así es posible decir con sentido que "el álamo es un árbol esbelto" porque el vocablo "álamo" connota el de "árbol" como género que le incluye en su extensión, el de "esbelto" como denotativo de una propiedad que aparece en los objetos referidos. Y, sin necesidad de formar frases, el término "álamo" tiene sentido porque remite, según formas distin-

tas de afinidad, a los términos “chopo”, “rama”, “tierra”, “pájaros”, etc.

Seguimos dando de lado el problema de los vocablos que no denotan algo empírico, sugiriendo tan sólo, de acuerdo con lo antes aludido al final del apartado tercero, que carecen de denotación objetiva, pero que la simulan, de modo que la palabra pasa por ser el objeto denotado. Por tanto, su sentido radicará sólo en su connotación de aquellos vocablos que cumplan las condiciones segunda y tercera arriba apuntadas.

Ahora bien, lo fundamental es que las conexiones verbales entre los vocablos poseedores de denotación empírica inmediata suponen una conexión congruente por parte de los objetos denotados. La semejanza entre los álamos, los chopos y los olmos permite que se use los términos correspondientes para expresar la afinidad de su presencia. La coincidencia del viento, del suelo y del árbol permite expresar en determinada frase que “el álamo se eleva sobre un terreno húmedo” o que “vibra agitado por el viento”. Dicho de otra forma: La formulación verbal asume o hace suya la *referencia* que existe por parte de la presencia de los objetos percibidos. La presencia de un objeto remite a la de aquellos otros que forman con él determinadas situaciones, conjuntos dominados por una cierta regularidad. Los álamos que percibimos remiten al terreno en que se asientan, al cielo en que se proyectan o al viento que los mueve, a los otros árboles que poseen una estructura similar. Hay una transición entre sus presencias que es semejante a la transición que se opera entre los correspondientes vocablos decidiendo su connotación, o entre éstos y los objetos que denotan. Gracias a todo este movimiento referencial se constituye el sentido lingüístico: El que poseen las palabras por su referencia connotadora o denotadora se funde con la significación que poseen los objetos percibidos que trazan entre sí una trama significativa constituida por la transición de sus respectivas presencias. Se podría decir que el lenguaje denotador de situaciones concretas percibidas recorta el campo de significaciones que ellas poseen, enmarcándolas en la estructura de la frase y en el sistema de connotaciones que se eleva sobre la denotación básica. Y, como todo marco, la frase agrega a la estructura significativa de la situación expresada, la que poseen las palabras que, como signos lingüísticos organizados dentro de un lenguaje, poseen su peculiar arquitectura referencial. Es decir, las palabras poseen una regularidad sintáctica peculiar de su uso como signos. Y poseen además el sentido deparado por su connotación de térmi-

nos que denotan entidades (presuntas o auténticas) que no son perceptibles, es decir, de términos que carecen de denotación inmediata y que sólo tienen sentido vinculándose en definitiva con aquellos que hacen referencia a objetos empíricos.

Por tanto, no se sugiere que el sentido verbal sea estrictamente reductible a la significación que poseen los objetos percibidos. Desde un comienzo se ha admitido que hay formas de lenguaje que trascienden lo perceptible. Hemos soslayado su estudio en estas páginas pero, admitiendo su existencia, se admite también que el sentido poseído por el lenguaje sea más rico que la significación que tengan los objetos empíricos. En rigor, lo que importa subrayar es sólo que éstos poseen una significación similar al sentido que es propio de las palabras: Consiste en una referencia o transición que tiene lugar entre la presencia de los objetos que forman una situación o un conjunto regular, afín a la transición de la presencia de las palabras que forman una frase o una familia lingüística y a la transición entre su presencia y la de los objetos denotados. Esa afinidad es lo que permite que las percepciones *llenen* o *cumplan* las expresiones que se refieran a ellas. En definitiva, esa estructura referencial que hay entre los elementos de una situación percibida es lo que Husserl apuntó como "sentido impletivo".

De todo ello se desprende que no conviene exagerar la diferencia que hay entre los signos naturales y el lenguaje. Es cierto que las palabras poseen una peculiar articulación sintáctica; que su relación con el organismo que las emite o graba las hace más dóciles a los propósitos comunicativos. Pero los signos naturales tienen en común con ellas la misma índole referencial. El humo significa fuego porque la presencia de uno y otro está de tal suerte vinculada que hay una transición espontánea de una a otra. Lo mismo que la palabra "Sol" transita hacia el astro que contemplamos o hacia las palabras "estrella", "luz", "calor", etc, que forman con ella una familia lingüística.

Ahora bien, todo esto explica el funcionamiento de los sincategoremáticos. Tradicionalmente se ha dicho que son términos de enlace, que poseen sentido porque asocian otros vocablos poseedores de significación autónoma. "Y" carece de significación propia si no se usa enlazando "rocas y árboles", con lo cual viene a significar que hay una agrupación de unos y otros, que forman parte conjuntamente de una determinada situación o que son elementos asociables por poseer algunos caracteres afines. Pero, si la frase asume la significación objetiva de lo percibido, ello quiere decir que el

sincategoremático “y” está expresando el vínculo referencial que hay entre árboles y rocas cuando forman parte de un determinado paisaje. Es decir, la transición positiva que se da entre unos y otros, haciéndolos mutuamente significativos, es la que queda incorporada al sentido de la conjunción “y”. En rigor, si ésta significa enlace positivo, no es el que hay entre las palabras “árboles” y “rocas”, sino entre los respectivos objetos. Podríamos decir, por tanto, que las “objetividades categoriales” que corresponden a los sincategoremáticos, consisten en los nexos significativos que hay en entre los objetos mismos, en tanto que su presencia constituye una continua serie de mutuas transiciones, por las que cada objeto *remite* a los que forman parte de su misma situación o a los que de algún modo le son afines. Los objetos no constituyen nunca un campo de entidades estáticas. Bien por su propio dinamismo o porque en ellos se ha proyectado la iniciativa que los presencia desde los dispositivos humanos perceptores o desde las formas de conducta (incluyendo la verbal) que los constituye en objetos de una determinada praxis, poseen una estructura esencialmente dinámica que se manifiesta en forma de transición de sus respectivas presencias. La lluvia remite al suelo porque en él concluye su propio movimiento; pero las hojas del árbol hacen referencia a su tronco porque la mirada que los recorre pasa de una a otro. De un modo u otro, los sincategoremáticos que expresan la relación entre la lluvia y el terreno que moja (“el suelo está mojado *por* la lluvia”) o los que expresan la relación entre el tronco y el ramaje (“las ramas se elevan poco *sobre* el tronco”) asumen la estructura significativa que poseen esos objetos en tanto que su presencia traza líneas de referencia o tránsito de unos a otros.

5. *Los sincategoremáticos y la iniciativa verbal*

Todo esto se presta a una fácil objeción. Antes se ha sugerido que una misma situación objetiva puede ser expresada mediante sincategoremáticos opuestos: “Hay árboles y rocas”, “verás árboles o rocas”. Un mismo estado de cosas puede dar lugar una gran variedad de expresiones que utilizarán sincategoremáticos muy diversos, expresivos todos ellos de la relación referencial que hay entre sus componentes objetivos. Esto parecía favorecer la interpretación del sincategoremático según la cual carece de valor representativo y sólo expresa nexos que la mente o el lenguaje instituye al enfrentarse con las cosas. ¿Cómo se concilia con nuestra tesis

de que el sincategoremático absorbe las estructuras objetivas referenciales que poseen los objetos al hacerse presentes ante una actividad cognoscitiva o práctica en general?

La respuesta puede ser facilitada por la distinción husserliana entre las objetividades ante-predicativas y las que se constituyen en virtud del juicio.²⁴ En definitiva aquéllas son las que poseen los objetos empíricos y las segundas son las que constituyen la actividad verbal. No se trata de dos estratos que pudieran ser aislados nítidamente. En rigor toda estructura ante-predicativa o pre-lingüística se nos da traspasada de nexos verbales. Ahora bien, cuando distintas proposiciones recaen sobre una misma situación empírica, ocurre con frecuencia que establecen diversos enlaces verbales expresados con distintos sincategoremáticos, que suponen un mismo nexo referencia básico pre-lingüístico. En el ejemplo anterior los árboles y las rocas poseen una significación fundamental en tanto que la presencia de unos remite a la de otros como objetos integrantes de una misma situación. Hay una objetividad pre-categorial o pre-lingüística que consiste en una vecindad presenciada de ambos objetos, a la vez que una distinción de sus respectivas entidades en una situación básica de rocas que forman el terreno sobre el que se elevan los árboles. La objetividad pre-lingüística posee una diversidad de nexos referenciales que, por decirlo así, se entrecruzan y amalgaman haciendo significativos a los objetos que integran una situación. El lenguaje selecciona y destaca algunos de esos vínculos referenciales de acuerdo con el contexto deparado por el discurso dentro del cual se encuentra cada frase y, en definitiva, según la forma de conducta que en cada caso preside la actividad del hombre que decide la presencia objetiva de ese conjunto. En el caso de "hay árboles y rocas" la frase se hallaba dentro de una conducta que realizaba un recuento de los objetos que había a la vista; el sincategoremático "y" expresaba dentro de esa iniciativa descriptiva la co-presencia de ambos tipos de objetos. En cambio "verás árboles o rocas" es una frase que se encuentra dentro de un discurso que pretende distinguir los objetos del paisaje, conducir la conducta hacia unos de ellos, excluyendo los otros; el sincategoremático "o" expresaba la misma co-presencia de todos ellos, pero ajustándose a un designio diferenciador.

Por consiguiente, habría que hacer un análisis de los sincate-

²⁴ Cfr. especialmente *Erfahrung und Urteil*. (Hamburg, Claassen Verlag, 1964).

goremáticos yendo más allá de las simples reglas de uso que se manifiestan en sus enlaces sintácticos. Una fenomenología del lenguaje no puede contentarse con un examen del plano puramente verbal. Cuanto menos, si se trata de un lenguaje expresivo de situaciones concretas del mundo percibido, tiene que rebasarlo, señalando las objetividades pre-lingüísticas; los nexos que constituyen la significación primaria de los objetos percibidos y que son el fundamento de aquellos otros que deciden las reglas de juego sintácticas, los compromisos ontológicos propios de cada lenguaje expresados por sus sincategoremáticos.

Esta es una tarea ineludible en toda filosofía del lenguaje, si no se quiere hacer de éste un ámbito fantasmal de entidades flotantes sobre la realidad, de hipóstasis verbales que, en virtud de unas potencias misteriosas albergadas en el seno de una mente no menos extraña, pretenden constituir un "mundo" lingüístico con una asombrosa arbitrariedad. Es preciso indagar qué es la realidad hablada, cómo constituye el campo en el que se ejerce la iniciativa humana, en la que la actividad verbal es sólo un momento de una praxis mucho más compleja, cuáles son las líneas que sigue el dinamismo de esa praxis *presenciando* los objetos y decidiendo su índole *hablada* a tenor de motivaciones más generales. Pero a sabiendas de que esa iniciativa cuenta con los cauces que le deparará la realidad percibida, que es de suyo significativa por sus propios nexos referenciales. Si no se plantea desde esta perspectiva, el análisis del lenguaje conduce a actitudes escépticas, desentendidas del problema de la eficacia del lenguaje para expresar *algo*; o a posturas en el fondo místicas (por mucho que alardeen de rigor crítico), que atribuyen a la mente extrañas aptitudes innatas para crear un mundo lingüístico que decide sus propias leyes en virtud de una misteriosa espontaneidad generativa.

Todo esto *ha podido* ser abordado por la Filosofía analítica de un modo satisfactorio. De hecho ha sido avistado por alguno de sus representantes, como Strawson y Austin. Sin embargo, parece como si les hubiera restado fuerzas para hacerlo plenamente la tendencia de las Escuelas de Oxford y Cambridge a encerrarse en un estudio del lenguaje mismo, sin salirse de sus problemas estrictamente lingüísticos; eliminando, por tanto, los concernientes a la realidad percibida de que se habla y a la praxis que, cualesquiera que sean sus modalidades, discurre siempre en un medio verbal. Por ello se puede esperar que la Filosofía del lenguaje de orientación fenomenológica, más atenta a los problemas que conciernen a

la constitución de lo objetivo, de las “cosas mismas” que se exhiben fenoménicamente, alentada por una tradición que ha destacado la importancia de la actividad de la mente o de la existencia humana para la articulación significativa del mundo en el que se proyecta su praxis, sea la que se consagre a su dilucidación.

Universidad de Valencia